

Juan Huguet. Familia y primeros años

El sacerdote recién ordenado, que el 23 de julio de 1936 con su martirio daría el supremo testimonio de amor a Jesucristo y a la Iglesia, durante su breve vida que duró sólo veintitrés años, dio constantes muestras de una gran fidelidad a Dios y a la vocación que ya desde muy pequeño había intuido. Fue mártir no de improviso, sino como coronación de un seguimiento fiel de Jesús. Resulta, en verdad, hermoso y emocionante el ir evocando el decurso de su existencia. Lo haremos empezando por su nacimiento y su más tierna infancia.

Si nos adentramos por un camino, hoy muy poco transitado, de la zona sur del término de Alaior, podremos ver la casa natal de Juan, que es el predio denominado *Son Sanxo*. Esta finca rústica de secano la cultivaba como aparcero su abuelo materno que se llamaba Juan Cardona Jordi, ayudado por varios hijos, de tal manera que este terreno rocoso, gracias al esfuerzo de sus cultivadores y si las condiciones climáticas lo favorecían, podía alcanzar una fertilidad razonable con la producción de cereales y con los recursos de una exigua ganadería, así como de un pequeño rebaño de de ovejas.

Habiendo quedado viudo el aparcero, se decidió que su hija Eulalia, junto con su esposo Francisco Huguet, casi recién casados, se unieran a la familia para atender mejor a las labores de de la casa en este predio. Por eso fue que Juan, el primer hijo de este matrimonio nació en esta finca rústica el día 28 de enero de 1913.

El nacimiento de este niño se produjo de un modo rápido y feliz, de tal manera que habiendo ido el padre a un predio cercano en busca de una mujer que atendiera a la parturienta, al llegar ellos al patio de la casa escucharon ya lo lloros del recién nacido. «Todo en la vida de Juan fueron acontecimientos caracterizados por la rapidez» solía decir Eulalia, haciendo referencia especialmente a su glorioso martirio.

A los pocos días, el viernes 1 de febrero, el niño fue bautizado en la parroquia de Santa Eulalia de Alaior, administrándole el sacramento el párroco Jaime Garriga, y se le impusieron los nombres de Juan, Francisco y Jaime. La diligencia con que se realizó el bautismo, teniendo en cuenta la distancia de la población que era de unas dos horas de camino, y la época invernal, es ya un signo de la religiosidad de la familia, pues en lo posible se acomodaron a la norma que de más antiguo estaba generalizada, cual era la de bautizar a los niños en el día mismo del nacimiento o muy poco después.

Juan desde que dio los primeros pasos empezó a moverse por los terrenos de la finca. Él era el centro de atención de sus familiares. Sus tíos gustaban de llevárselo consigo cuando iban a realizar sus tareas en el campo. Mientras ellos trabajaban solían colocarlo a la sombra de algún olivo o acebuche, cubriéndolo con sus blusas cuando el tiempo era un tanto fresco. Años después, cuando él ya era sacerdote y mártir, recordaban ellos que en medio del campo el niño parecía estar absorto mirando hacia el azul del cielo o siguiendo con la vista el veloz desplazarse de las nubes en días de viento.

Desde muy pequeño, Juan dio muestras de de piedad y de interés por las enseñanzas de la fe cristiana. Sus hermanos refieren haber escuchado de boca de sus padres que residiendo aún en el campo, cuando el pequeño tenía unos cuatro años gustaba de jugar en el pórtico de la casa imitando las ceremonias de la celebración de la misa. Decían además que cuando, acompañado de los suyos pasaba Juan por delante de una iglesia, siempre deseaba entrar a rezar, y si no era posible en aquel momento, se afligía y lloraba. Pronto en estos templos él se sentiría feliz actuando como monaguillo.

En Alaior. Piedad e ideales del niño Juan Huguet

Cuando Juan contaba unos cuatro años falleció su abuelo materno. Se hizo cargo de la finca su tío Jaime y entonces Francisco y Eulalia con su hijo Juan pasaron a residir en la población de Alaior, dedicándose el padre al comercio especialmente de productos del campo. Aquí nacieron los demás hijos de la familia, Francisco, Vicente y María. Esta nueva situación resultó muy favorable para el pequeño Juan, que desde 1917 comenzó a frecuentar el Colegio de San José, de los Hermanos de la Salle, que se había establecido en Alaior en 1908. Juan quedaría para siempre muy vinculado a estos religiosos y se mostraría muy agradecido por la formación recibida.

Todos sus compañeros de colegio miraban a Juan como un niño amable, discreto, juicioso e ilusionado en sus quehaceres, pero al que no le gustaban los juegos violentos o el imitar acciones de guerra con soldaditos de plomo, como por entonces se estilaba. Le complacía entretenerse con algunos compañeros imitando las ceremonias religiosas que se hacían en los templos. Sus amigos más cercanos eran esos niños que actuaban como monaguillos, algunos de los cuales aspiraban a ser algún día sacerdotes. Juan era como el líder de ese grupo y servía al altar en la misa, especialmente en la iglesia de San Diego y en la capilla de la Virgen de Gracia de las hermanas Carmelitas.

En el colegio de la Salle aprovechó muy bien en los estudios y se hizo notar como un muchacho respetuosos e interesado en la espiritualidad cristiana. El colegio estaba abierto para los niños también en las horas libres y días festivos. Uno de sus compañeros Gabriel Pons Jover, que también llegó a ser sacerdote, resumía el paso del Juan Huguet por el colegio con estas palabras: «Su alma candorosa, su ejemplar conducta, la inocente sonrisa que florecía de continuo en sus labios, captaron al momento las simpatías de cuantos le conocieron y trataron».

A los nueve años de edad, el 23 de abril de 1922, recibió Juan la primera comunión. Fue para él un día de gran gozo y devoción a la Eucaristía, que debía tener muy grabado en su memoria ya que en una redacción que hizo en el Seminario ponderaba la importancia de preparar bien la primera comunión de los niños y añadía: «cuál será la primera, tal será la última» de las comuniones. Esta intuición se cumpliría en él muy especialmente. Como recordatorios de este día, Juan quiso que fueran estampas en las que apareciera la figura del sacerdote, pues perseveraba siempre en su ideal de llegar a ser ministro del Señor.

El día en que recibió por primera vez a Jesús sacramentado era el domingo de la octava de Pascua, en cuya celebración se destacan las palabras de la primera carta de san Pedro: *Como niños recién nacidos apeteded la leche espiritual no adulterada para con ella crecer en orden a la salvación (1 Pe 2,2)*. Esta leche espiritual la fue gustando Juan Huguet con sumo gozo y esforzada fidelidad. La Eucaristía fue para él el centro de sus más íntimos anhelos: «Que mi pensamiento -escribía- vuele a posarse junto a vuestro tabernáculo y no sepa apartarme de él».

Desde pequeño, Juan formó parte de los llamados «tarsicios», asociación eucarística de los aspirantes a la «Adoración Nocturna», que veneraba como protector al mártir de la Eucaristía, el joven romano san Tarsicio.

Juan conservó siempre como un muy apreciado recuerdo el catecismo del P. Claret, que había estudiado ya desde que se preparaba para la primera comunión. En el forro de este libro colocó un dibujo que reproducía la estrella, símbolo de la Salle, junto con el lema que la acompaña: *Signum fidei*, o sea, la señal de la fe, luminosa expresión de aquella fe que él siempre mantuvo muy viva y radiante, y que le guió hasta la gloriosa entrega de su vida como mártir de Cristo.

Juan Huguet en el Seminario de Menorca

El 1 de octubre de 1924 ingresó Juan Huguet en el Seminario de Menorca, situado en Ciutadella. Desde el primer momento se sintió muy dichoso de hallarse en camino hacia el sacerdocio, al que desde muy pequeño aspiraba con ilusión. Aunque de continuo mantuvo un gran cariño hacia sus padres y hermanos menores, siempre se sintió muy contento de estar en este centro de formación y de estudio.

La vida ordenada y metódica, así como el ambiente en cierto modo familiar que reinaba en esta pequeña institución docente, favorecieron el armónico desarrollo de la personalidad de este muchacho que al entrar en el Seminario se sentía ya muy inclinado a la piedad y dispuesto a hacer generosamente el esfuerzo que le exigía el proyecto al que aspiraba con ilusión.

Sus hermanos recuerdan que un día le vieron llorar en casa. Se trataba de que el rector del Seminario había advertido a los alumnos de que a causa de haber cesado ciertas aportaciones públicas que hasta entonces se recibían, sería necesario que todos los seminaristas internos aportaran lo necesario para su manutención, lo cual él sabía que no estaba dentro de las posibilidades familiares. La dificultad pudo solucionarse gracias a la ayuda prestada por algunos bienhechores, a quienes debió ser recomendado por los superiores mismos del Seminario, los cuales siempre hablaban muy bien a la familia respecto del aprovechamiento y buena conducta de Juan, que se distinguía por su inteligencia despierta y su constante laboriosidad.

En tiempo de vacaciones su permanencia en casa alegraba a todos, pues él se esforzaba en prestar ayuda a sus progenitores y entretener a sus hermanos con juegos y narraciones que les sirvieran de instrucción y de recreo. Además prestaba ayuda en las iglesias y acudía al colegio de los Hermanos de la Salle a los que se sentía muy vinculado y agradecido.

Los años de la adolescencia, que a veces constituyen un tiempo de crisis para el desarrollo de la personalidad y en la asimilación de los ideales entrevistos, parece que no supusieron quebranto alguno de importancia para Juan. Esta realidad parece vislumbrarse en alguno de sus apuntes en donde, por ejemplo, hallamos estas palabras: «Juventud es movimiento, el ideal es la fuerza motriz», así como también pone de manifiesto que el amor a Jesús es la gran fuerza que sostiene la vida cristiana y de un modo especial favorece la fidelidad de los mártires. Tales afirmaciones a no tardar tendrán en él una espléndida confirmación.

Todos los que estuvieron con Huguet en el Seminario le recordaban como un compañero ejemplar, como un amigo leal, amable y bondadoso, a la vez que como un estudiante muy distinguido por su aplicación al estudio, por su atención a las explicaciones de los profesores y por los buenos resultados obtenidos, como se pone de manifiesto en las calificaciones académicas alcanzadas. En el decurso de sus estudios se interesaba especialmente por aquellas materias que le parecían de mayor importancia para su futura labor sacerdotal. Se refería a la Apologética como una ciencia «creadora de convicciones en materia de religión» y en consecuencia añadía: «Nos dedicaremos con todo ahínco al estudio de la apologética».

En sus redacciones se pone de manifiesto un estilo correcto, y a veces brillante. Tratando del misterio de la Cruz, dice: «Es necesario que, seguidor yo de Cristo, me encuentre con la cruz. Son necesarias devociones tiernas, pero lo es también, e imprescindible, la devoción viril, fuerte, grave, grande, a la cruz con Cristo en ella». Estos apuntes no estaban destinados a exponerse públicamente, sino que expresaban unos sentimientos de profundo calado y bien arraigadas en su alma.

El seminarista Huguet peregrina a Roma en 1929

El 6 de enero de 1929 el papa Pío XI promulgaba la celebración de un Año Santo extraordinario con motivo de cumplirse los cincuenta años de su ordenación sacerdotal. Con tal motivo la Congregación de Seminarios concibió el proyecto de una peregrinación a Roma de seminaristas de todo el mundo. Se consiguió que fueran unos cinco mil los alumnos de seminarios que peregrinaron a la Ciudad Eterna permaneciendo en ella entre los días 21 y 25 de julio. Las calles de Roma, las basílicas y demás monumentos históricos rebosaron de jóvenes con variedad de indumentos clericales, llenos de entusiasmo y fervor religioso. Los seminaristas españoles que acudieron a la cita fueron casi quinientos.

Los superiores del Seminario de Menorca incluyeron entre estos afortunados jóvenes a Juan Huguet, que tenía 17 años y había cursado el primer año de los estudios filosóficos. Para ello le otorgaron el respaldo económico que su familia no podía proporcionarle. Asistieron otros tres seminaristas menorquines: Jaime Gener, Nicolás Gorriás y Fernando Cortés, acompañándoles el joven sacerdote Francisco Jansá, el cual también daría su vida por Cristo en 1936 pocos meses después de Huguet.

Hacia el mediodía del 18 de julio, desde Barcelona se puso en marcha el tren especial destinado a los seminaristas españoles, iniciándose el recorrido con el vibrante canto de la *Salve Regina*. Presidía la peregrinación el obispo de Coria. Después de una breve parada en Marsella para celebrar la Eucaristía en el santuario de *Nôtre Dame de La Garde* y de otra detención al día siguiente en Génova, llegaron a Roma a las doce de la noche del día 20. Les esperaba en la estación una comisión de alumnos del Colegio Español presidida por su rector el beato Pedro Ruiz de los Paños, el cual moriría mártir en Toledo el mismo día que Huguet en Ferreries, el 23 de julio de 1936.

Los días de estancia en Roma estuvieron colmados de actos de piedad y de visitas a lugares de especial significado religioso. Hubo celebraciones eucarísticas en las principales basílicas y audiencias del Papa el día 22 a mediodía. Recibió a los españoles en la Sala Regia y entre otras cosas les dijo: «Qué espectáculo tan querido es para los ojos del padre sentirse junto a los ojos y el corazón de sus hijos». Otra audiencia para todos los seminaristas fue en el patio de San Dámaso el día 24. A todos les concedió el privilegio de que en el día de su primera misa pudieran dar la bendición papal.

Resulta digno de especial consideración que el 23 de julio, fecha que siete años después sería la del martirio de Juan, por la mañana los seminaristas hicieron profesión de fe ante el sepulcro de san Pedro, y por la tarde visitaran las catacumbas del cementerio de San Calixto en donde se halla la memoria martirial de san Tarsicio. Sin duda recordaría nuestro seminarista de Alaior que él había formado parte de la asociación eucarística de los llamados «tarsicios», o sea, de aspirantes a la Adoración Nocturna, que estaba promoviendo un gran movimiento de fervor eucarístico.

El 25 de julio, fiesta del Apóstol Santiago, asistieron por la mañana a la misa celebrada por el Santo Padre y por la tarde a una solemne procesión eucarística por la plaza de San Pedro con asistencia del Papa. Era la primera vez que desde 1870 el Papa salía fuera de las estancias del Vaticano, ya que pocos meses antes se habían firmado los Pactos Lateranenses entre Italia y la Santa Sede.

A las doce de la noche de aquel mismo día los seminaristas españoles iniciaban su ruta de regreso en tren hacia la patria, en donde les aguardaban pocos años después tristes y a la vez gloriosos acontecimientos, de los que muchos de ellos habían de ser destacados protagonistas. Pocos, pero muy significativos objetos trajo de Roma como recuerdo. Uno es una estampa de Cristo resucitado adornado con flores de Tierra Santa.

Ansias de apostolado de Juan Huguet

Un sacerdote de la congregación fundada por el beato Manuel Domingo y Sol, dedicada a la formación en los seminarios, don Juan Sánchez que fue postulador de la causa de Juan Huguet solía decir que el mayor sacrificio de nuestro mártir fue el no poder llevar a cabo su mayor ilusión que era ejercer la labor sacerdotal y apostólica que tanto ansiaba y que casi no tuvo tiempo de iniciar. Su ofrecimiento fue el más íntimo y generoso que cabía presentar.

Durante los años de su formación se había esforzado en prepararse para su trabajo como sacerdote. Estudiaba pensando en cómo podría aplicar apostólicamente lo que estaba aprendiendo. Se inició la labor de catequesis, tanto en Alaior como en Ferreries, y también en el centro de Sant Miquel de Ciutadella. El Patronato de La Salle, la Juventud Católica y otras asociaciones experimentaron su celo y su cercanía. Personas de Alaior y de Ferreries, que por entonces eran jóvenes han proporcionado hermosos testimonios acerca de su trato con el seminarista Huguet, y todos coinciden en afirmar que les trataba con una cordial simpatía y que sabía comunicarles los cristianos anhelos que llevaba en su corazón. El párroco de Ferreries, en un certificado previo a la recepción de las Órdenes, atestiguaba que había manifestado «su celo en especial con la enseñanza del catecismo durante las vacaciones».

Un sacerdote, don Enrique Cardona, que durante algún tiempo ejerció su labor pastoral en Barcelona recogió a ese respecto el testimonio de un menorquín y lo expresa así: «En Ferrerías tratando con los jóvenes de Acción Católica, que ya esperaban tenerle como consiliario, en los días de vacaciones y más en los treinta y tres días cuando ya era sacerdote recién consagrado, les había hablado algunas veces de la necesidad de dar testimonio de cristianos siempre y, si llegaba el caso, incluso con la propia vida. Y les había añadido: Si yo un día he de dar la vida por Cristo, con gusto la daré».

Un primo suyo, Juan Cardona Riudavets, que era niño de unos siete años cuando Huguet estaba ya casi final de sus estudios, refería que a veces el seminarista iba a comer a su casa en Alaior y le invitaba a ir a la iglesia de San Diego con el fin de visitar a Jesús sacramentado. Rezaba con gran devoción ante el sagrario y le sugería al niño pensamientos espirituales acomodados a su edad, enseñándole cómo debía hablar con el Señor.

Otra persona de Alaior, Juan Pons Jover, recordaba que en cierta ocasión Huguet participó en una romería al santuario de Monte Toro con un grupo de jóvenes. Mientras subían la cuesta iban surgiendo conversaciones diversas, y en cierto momento Juan con naturalidad les insinuó: «¿No os parece que podríamos rezar el Rosario?». Ellos asintieron de buen grado, y así la peregrinación adquirió un carácter de mayor piedad y provecho espiritual.

El 8 de junio de 1934 se bendijo en Ferreries el local de una «Hermandad Agrícola e Industrial» de carácter católico, y en esa ocasión se celebró un acto cultural en el cual Huguet, que aún no era clérigo, pronunció una conferencia sobre el tema de la *Indefectibilidad de la Iglesia*, que fue escuchada por los asistentes con mucha atención. La crónica aparecida en el Boletín Oficial del Obispado comenta que «fue muy aplaudido».

El celo apostólico de Juan Huguet no pasaba desapercibido. Cuando celebró su primera misa, una publicación del Colegio de la Salle, titulada *Nuestra Hoja*, se refería a ese antiguo alumno del colegio y lo calificaba como «sacerdote celosísimo, joven y amigo de los jóvenes» y le deseaba que pudiera «trabajar con todo el fruto posible en la viña del Señor».

Juan Huguet con unos seminaristas mejicanos

El don del martirio, gracia muy excelsa recibida de Dios, ha configurando toda la vida de la Iglesia. La tradición cristiana, a través de los siglos, ha venerado con singular amor y respeto la memoria de los mártires. Pero en ciertas circunstancias se han puesto aún más de relieve la presencia y la cercanía de los mártires.

En el Seminario de Menorca durante los años en que Juan Huguet realizaba sus estudios, se fue arraigando una intensa y muy viva espiritualidad martirial. En esta aproximación al resplandor testimonial de los mártires influyó el hecho de que en 1928 algunos seminaristas mejicanos fueran acogidos aquí a fin de proseguir su formación y sus estudios, ya que se lo impedía la violenta persecución religiosa desatada en su país.

Las vivencias que estos estudiantes transmitían entre sus compañeros menorquines, acerca de las penalidades y los martirios que allí se experimentaban conmovieron profundamente a los seminaristas de nuestra isla, tan alejada geográficamente de aquella nación.

Uno de los que participaron de esa convivencia lo expresaba de este modo: «Cuanto vivíamos en el Seminario en los años en que Méjico sufría la persecución religiosa decretada por el gobierno de Calles, estuvieron en el Seminario tres seminaristas de aquel país acogidos entre nosotros. Ellos fueron explicando los sufrimientos y martirios que ahí tenían lugar y entre todos ellos cobró especial significación y heroicidad el martirio del P. Pro. Nos pasábamos escritos y estampas acerca de la cruenta persecución y de la intrepidez de sus mártires. Juan Huguet repetidas veces se había expresado acerca de ello, exclamándose en deseos de emularlos y morir por la fe de Cristo. La estampa en la que se representaba el fusilamiento del P. Pro presidía su mesa de trabajo en su habitación, y hasta su vida. En repetidas ocasiones había manifestado su ilusión y deseo de morir en defensa de Cristo y de su Iglesia. Estaba, parece, dispuesto por la Providencia que le imitaría» (Enrique Cardona, sacerdote).

Otro compañero, por su parte, decía: «En aquellos años el Seminario recibió a unos seminaristas mejicanos durante la persecución de la Iglesia en aquella nación. Hicieron verdadera amistad con Juan. Coincidían con él en la edad y en los cursos, y había una buena relación de amistad y de afecto. Ellos contaban impresionados la muerte martirial del padre jesuita Miguel Pro, hoy Beato, al grito de ¡Viva Cristo Rey! Un profético anuncio de lo que sucedería con Juan unos años más tarde. El grito de ¡Viva Cristo Rey! era en el P. Pro y lo fue en el Padre Huguet el símbolo de la incondicional entrega a Jesucristo y a la Iglesia» (Mons. Abelardo Benítez).

El arraigo de la espiritualidad martirial se comprueba también en los apuntes personales de Juan Huguet, el cual en 1934, durante unos ejercicios espirituales, dirigiéndose al Señor, escribía: «Es mi propósito firme, quiero con voluntad férrea y varonil seguirlas no ya hasta la partición del pan, sí que hasta la cumbre del calvario y morir con Vos en la cruz [...] Mandad lo gustéis, aunque sea el sacrificio de mi vida, aunque sea morir por Vos martirizado. ¿Qué podría hacer que Vos no lo hayáis ejecutado primero por mí?».

También sus padres dieron testimonio acerca de todo ello. Su madre decía: «Es de notar que varias veces, enseñándome una estampa del P. Pro, mártir de Méjico, me decía: ¿No le gustaría tener un hijo mártir como éste?, ya que los mártires van derechamente al cielo, y yo le contestaba afirmativamente».

Después de su ordenación sacerdotal dijo a un amigo: «Ahora ya soy sacerdote, y para tener la dicha completa me falta ser sacerdote-mártir».

Ideales de Juan Huguet por el reinado de Cristo

La Iglesia Católica durante el pontificado de Pío XI (1922-1939) iba avanzando por caminos espirituales y apostólicos marcados por los valores de una generosa entrega y sacrificio en vistas a contribuir al fortalecimiento del Reino de Cristo, que se había manifestado ya en la Cruz al realizarse el misterio de la Redención del mundo. Era aquél un tiempo de guerras y de ataques al cristianismo y no podía ser más expresivo el lema del Papa: «La paz de Cristo en el reino de Cristo» (*Pax Christi in regno Christi*). Se percibía muy vivamente que para poner remedio a la progresiva descristianización de la sociedad se requerían unas nuevas fuerzas apostólicas en las que se integrara el pueblo cristiano. Así surgió la organización llamada «Acción Católica». En el Año Santo de 1925 Pío XI instituyó la solemnidad litúrgica de Cristo Rey. En la realeza de Cristo y en la efectividad de la implantación de la Acción Católica se cifraban también las más confiadas expectativas del seminarista Huguet.

Los ideales de la difusión del Reino de Cristo marcaron profundamente la vida y la espiritualidad de Juan Huguet, joven lleno de generosidad y de amor a Jesucristo. La meditación de los ejercicios espirituales de san Ignacio titulada «Las dos banderas», en la que el santo expone la belleza del seguimiento de Cristo frente a la desdicha del apego a los vicios y ambiciones de una vida apartada de Dios, Juan la supo asimilar muy intensamente durante dichos ejercicios ignacianos del año 1934, como se pone de manifiesto en sus apuntes, donde escribe: «A Jesús, mi Rey y Capitán. Mi ejemplar y modelo, el que me llamó para que le siguiera. [...] Sí, Jesús mío, por vuestro amor, por el amor que me tenéis, por el amor que os profeso y quiero que vaya en aumento de día en día, quiero lo que Vos queréis de mí, que sea un santo y un enamorado de Vos. En cuanto a amaros, empiezo, Señor, a quererlos de veras, pero aumentad mi amor. En cuanto a ser santo, ¡qué lejos estoy de la santidad! [...] En vuestras manos me pongo, modeladme a vuestro gusto».

Al recibir las órdenes menores junto con el rito de la tonsura que implicaba el vestir ya de continuo la sotana, escribía Juan una tarjeta a su familia, en la que les decía: «Mis muy amados padres. Sirva la presente ante todo para manifestarles que esta mañana he recibido las dos últimas órdenes; pueden figurarse la alegría que experimento al verme vestido de sacerdote. Espero la llegada para abrazarles». Era todo ello un signo de su consagración al Señor y a la Iglesia. Pero él no era en modo alguno un iluso. Sabía interpretar los acontecimientos que se iban produciendo con muchos problemas y persecuciones que afectaban a la Iglesia; pero todo lo evaluaba a la luz de la fe.

En la alocución que pronunció en Ferreries cuando el 8 de junio de 1934 se inauguró el local de una hermandad laboral de orientación cristiana, se expresaba así: «En estos tiempos en que el mar embravecido de la sociedad lanza sus olas contra la Iglesia de Cristo para hacerla sucumbir y desaparecer, si posible fuera; en que los impíos creen llegada su hora, consolador será para nosotros hijos de la Iglesia Católica, y causa de confusión para sus enemigos, recordar su indefectibilidad».

Atraer a las personas alejadas que no son conscientes del tesoro de la fe y del amor que Cristo les tiene, era un ideal que iba marcando todos los pasos de su juvenil caminar. Él sabía muy bien que ello sólo puede conseguirse mediante el amor a Dios. Por eso en un pequeño cuaderno en que anotaba sus propósitos e ideas espirituales, escribía: «Señor, que todos mis pensamientos, palabras y obras sean en Vos, de Vos y para Vos». De este modo fue cómo Juan pudo llegar, no de una manera improvisada sino por un camino de fidelidad, al supremo testimonio del amor, que es el martirio.

Perspectivas de tribulación en la mente de Juan Huguet

La situación socio-religiosa de la diócesis de Menorca no podía calificarse de próspera ni halagüeña. Junto con una población, más bien rural, que manifestaba una fe bastante arraigada, había otros sectores que desde tiempo atrás se habían ido distanciando de la práctica sacramental o incluso de la fe cristiana. Los sacerdotes, así como los religiosos y religiosas se esforzaban por recuperar el terreno perdido, y para ello se habían fundado colegios, asociaciones piadosas y sindicatos agrícolas católicos; pero no se conseguía una fehaciente restauración de la fe.

Se iba haciendo de cada vez más comprometida la situación con un enfrentamiento entre la fidelidad de los católicos más conscientes y la animosidad anticlerical e incluso anticristiana de determinadas fuerzas políticas y sociales contaminadas de ideologías propagadoras del ateísmo.

Si las noticias de Méjico habían conmovido a los alumnos del Seminario de Menorca, sin tardar mucho se comprobó que en España también se percibían señales de persecución religiosa. En 1931 hubo asaltos de casas religiosas e incendios de iglesias; pero fue sobre todo en 1934 cuando en Asturias se produjo una revolución y fueron treinta y tres los sacerdotes y religiosos asesinados. Algunos de ellos han sido ya canonizados. Fue como un ensayo de lo que ocurriría a partir de julio de 1936 en buena parte de la nación española. En Menorca las noticias de octubre de 1934 causaron honda conmoción. En el diario *El Iris* de Ciutadella al cumplirse un año se escribía: «Oviedo, la ciudad mártir enseña aún muchos de sus edificios en ruinas y recuerda a sus hijos encarcelas y perseguidos, a sus sacerdotes y religiosos asesinados...».

Juan Huguet advertía bien el peligro de que la persecución llegara también a la isla. En carta a un sacerdote pariente suyo, Miguel Villalonga, se lamentaba de cierres de capillas y de escuelas religiosas así como de los intentos de apoderarse de locales del Seminario. Lo consideraba como amenazas de un laicismo devastador. Estos temores y angustias se ponen muy de manifiesto en un artículo que escribió para *Nuestra Hoja*, con motivo del 25º aniversario de la fundación del Colegio de La Salle en Alaior. Lo titulaba *Alegría y lágrimas*. Aludiendo el supuesto llanto de un niño, decía: «Es el alumno de nuestro Colegio, es el discípulo de los Hermanos que, cual vidente, fijos los ojos en el futuro, adivina lo que les espera en tiempos no muy lejanos, a él y a sus amados maestros en nuestra querida Patria, y no puede menos de gemir y deshacerse en tierno llanto, al mismo tiempo que levanta sus manecitas y corazón al cielo implorando de Dios misericordia y auxilio. Ve cómo se fabrican en el taller del sectarismo escobas satánicas para barrer de nuestra amada España toda institución religiosa...». Manifiesta Huguet con toda claridad su temor de que la infancia se vea «bajo la opresora zarpa de un maestro ateo, de un maestro impío».

No le faltaba a este fervoroso joven la confianza en el poder de Dios y en la fuerza de la verdad frente a los errores y las propagandas subversivas. Sabía también valorar como una gracia extraordinaria y como un camino de purificación, las pruebas de la persecución de la cual podrían emanar preciosos frutos de fidelidad que él preveía que se iban a producir en el futuro; pero, al mismo tiempo, su mente lúcida y realista advertía que podrían darse grandes quebrantos en cuanto a los valores espirituales, y que las consecuencias de un trágico enfrentamiento dentro de la población del país podrían ser muy dolorosas para la nación española y concretamente para la pequeña, pero también pobre y desdichada isla de Menorca.

El ideal que sostenía a Juan, era el de que su vida se gastara enteramente en llevar a todos a «cobijarse debajo de la bandera» de Jesús, el Salvador.

Ordenación y Primera Misa de Juan Huguet

El 6 de junio de 1936 le fue conferida a Huguet la ordenación sacerdotal, que recibió de manos del Obispo de Barcelona don Manuel Irurita, en la capilla del Seminario de Barcelona, debido a que el prelado diocesano de Menorca, don Juan Torres, era muy anciano y se hallaba completamente ciego. El obispo ordenante también moriría como mártir de Cristo pocos meses después del martirio de Juan.

Por el testimonio de uno de los seminaristas que fueron a recibir órdenes y estuvieron presentes cuando Juan fue ordenado sacerdote conocemos unas muy significativas palabras del prelado a los que se ordenaban: «Estáis destinados a la muerte y al sacrificio». Esta indicación resultó profética respecto de la persona del propio obispo, así como de Juan Huguet y de otros que se ordenaban aquel día.

El obispo Irurita era un prelado muy celoso y de una profunda espiritualidad. Solía decir que nada le hacía tan feliz como conferir órdenes sagradas. Debió mantener con Juan alguna conversación más o menos privada, pues una señora que en los veranos solía ir a Ferreries, donde poseía una finca rústica, manifestó en casa de la familia Huguet que el señor obispo la había informado de que acababa de conferir órdenes a varios seminaristas de Menorca y que uno de ellos era o sería un santo.

El 21 de junio celebró Juan su primera misa. Esta solemne celebración tuvo lugar en la iglesia parroquial de Ferreries, dedicada al apóstol san Bartolomé. Sus hermanos recuerdan que él sentía un gran gozo en aquellos días y que el pueblo se volcaba en manifestaciones de afecto y estima hacia su persona, de lo cual él, por su sincera humildad, estaba como muy sorprendido.

Le acompañaron como presbíteros asistentes que se solían llamar «ministros de honor» el rector del Seminario Pablo Brunet y el párroco de Ferreries Juan Benejam. Ambos darían su vida con muerte martirial pocos meses después. Hizo de diácono Miguel Casanovas y de subdiácono Gabriel Pons Jover, íntimo amigo suyo y natural de Alaior.

El sermón de la misa corrió a cargo del jesuita P. Ignacio Corrons, elocuente y celoso predicador que por aquellos días se hallaba en Menorca. Después de ocurrir el martirio se comentó que la predicación había sido como el anuncio del futuro testimonio martirial del nuevo sacerdote. Años después volvió a la isla el jesuita y manifestó a los padres de Juan que efectivamente él había predicado como si actuara bajo un impulso superior, apartándose de los conceptos que había previsto exponer.

Al final de la misa el novel sacerdote impartió la bendición papal, ya que Pío XI había concedido esa facultad a todos los seminaristas que estuvieron en Roma en la peregrinación del Año Santo de 1929. Siguió el canto del *Te Deum* con el acostumbrado besamanos.

Juan Huguet había escogido como lema que hizo imprimir en su estampa recordatorio las palabras de san Pablo: «Cristo lo es todo en todos» (Col 3,11). La elección de este texto constituía para él todo un programa de vida sacerdotal. En efecto, en carta a su amigo Gabriel unos días antes le pedía que se acordase de rezar por él a fin de que «se ajuste del todo mi vida al lema que escogí como guía y norte de mis deseos: *Omnia et in ómnibus Christus*».

En una crónica que se publicó en *El Iris*, escrita por Abelardo Benítez, se imploraba «que el Señor le conceda una larga vida sacerdotal llena de méritos y virtudes», de tal modo que se pueda exclamar: *He aquí el gran sacerdote*. No se lograría el deseo de una larga vida, pero sí que se convertiría en una gloriosa realidad la mencionada aclamación en alabanza de un sacerdote fiel en el amor hasta el martirio.

Juan Huguet, glorioso mártir de Cristo

El 23 de julio de 1936 era jueves, día de la semana vinculado al misterio de la Eucaristía, instituida el Jueves Santo. Fue en esa fecha que Juan Huguet celebró por última vez la santa Misa. Esta eucaristía fue a primeras horas de la mañana, asistiendo a ella unas pocas personas y actuando como acólito un niño que aún no había cumplido los siete años, pero que ha había recibido la primera comunión. Poco tiempo después y antes de que ocurriera nada anormal este niño confió a su madre que mientras el joven sacerdote elevaba el cáliz después de la consagración, él había visto en lo alto unas figuras de hombres que lanzaban piedras hacia un joven vestido con túnica blanca. No parece que Juan tuviera noticia alguna de esa experiencia del pequeño acólito.

Hacia mediodía el párroco y su coadjutor fueron apresados y conducidos a la cárcel de Mahón. Entonces Juan pensó que debía poner a salvo la reserva eucarística que llevó a su propio domicilio. Transcurrieron algunas horas de aquella tarde durante las cuales la presencia de Jesús sacramentado sin duda significó para él un tiempo de preparación espiritual para los acontecimientos que se avecinaban, sin que se pudiera prever claramente lo que iba a ocurrir.

Al atardecer de ese mismo día llegaban al pueblo unos coches con un conjunto de guardias y soldados bajo el mando del brigada Pedro Marqués que se había hecho cargo del gobierno militar de la isla, después de haber sido desarmados y recluidos los mandos superiores. Ese comandante militar improvisado se personó en el local del Ayuntamiento y ordenó que fueran detenidas algunas determinadas personas y los sacerdotes que hubiera en el pueblo.

Los guardias se presentaron en el domicilio de Huguet y lo condujeron hacia las Casa Consistoriales, junto con otro eclesiástico natural del pueblo. Al llegar allí, donde ya había varios detenidos, lo primero que Marqués dijo a los sacerdotes fue que se quitaran la sotana. Al hacerlo, quedó a la vista que Juan llevaba sobre sí un pequeño crucifijo. Entonces el comandante agarró despectivamente la figura de Cristo y sosteniéndola con su mano izquierda a la altura del rostro del joven sacerdote, le apuntó con la pistola y le dijo: «Escupe ahí, escupe ahí, que si no te mato». En el rostro de Juan se reflejó una honda impresión. Debió darse cuenta de que le llegaba el momento presentido desde hacía mucho tiempo. Movié la cabeza en señal de que se negaba a cumplir lo que se le exigía. Al cabo de un instante levantó los ojos hacia lo alto, extendió sus brazos en cruz y con voz fuerte y segura exclamó «Viva Cristo Rey». Seguidamente el comandante le disparó dos tiros a la cabeza. Al recibir el primer disparo el sacerdote mártir se tambaleó, y al segundo tiro se desplomó cayendo al suelo y derramando copiosamente su sangre.

El brigada Marqués salió del local aparentando serenidad y coraje, pero quizá interiormente asustado del crimen cometido, y fue en busca del alcalde del pueblo manifestándole lo acontecido, y luego salió hacia Mahón, dejando un pelotón de soldados, temiendo la posibilidad de alteración del orden público, que no se produjo.

Juan Huguet que se hallaba moribundo fue colocado sobre la cama del conserje o vigilante nocturno. Aunque el médico del pueblo trató de proporcionarle algunos remedios se vio que era imposible salvar aquella vida ya entregada a Dios. Allí mismo le fue administrada la Santa Unción, caso muy singular en un mártir el ser ungido con el óleo signo de fortalecimiento y de gracia divina. Pasadas las nueve de la noche, permaneciendo inconsciente desde que recibió los disparos, se produjo el tránsito a la vida eterna de este sacerdote joven pero ya bien maduro en el amor que siempre le mantuvo fiel a Cristo Salvador.

Los frutos de la inmolación

Después que el joven sacerdote y mártir de Cristo hubo expirado, su padre ayudado de otra persona trasladó el cadáver al domicilio familiar, donde su madre le revistió con los ornamentos sagrados con que había celebrado un mes antes su primera misa. Durante la noche y el día siguiente todos los vecinos del pueblo acudieron a venerar el cuerpo del mártir. Fue un clamor de respetuosa admiración el que se produjo en torno a aquel triste y a la vez glorioso acontecimiento. Muchos le besaban las manos unguadas como lo habían hecho poco tiempo antes en la iglesia. Los mismo soldados allí destacados, con admiración decían: «¡Cuánta simpatía tenía este curita!».

El día 24 siguiente, a las dos de la tarde fue llevado a enterrar. Muchos hombres le acompañaban, algunos con cirios encendidos y con cruz alzada que llevaba uno de ellos. El pequeño grupo de soldados que permanecían en el pueblo, al pasar la comitiva, presentaron armas en señal de respeto. Sobre el ataúd aparecían una estola y un bonete, tal como se acostumbraba en las exequias sacerdotales. El día de Santiago, después de practicársele la autopsia, fue sepultado en espera del florecer y fructificar de este mártir, como podía esperarse de acuerdo a las palabras de Jesús: *Si el grano de trigo cae en tierra y muere, da mucho fruto* (cf. *Jn 12,24*).

Junto con Huguet fueron cuarenta los sacerdotes diocesanos de Menorca, más dos religiosos, los que sufrieron una muerte martirial. Él, que era el más joven de todos les abrió el camino. Cuando los que habían presenciado en la casa del Ayuntamiento la muerte de Juan llegaron a la cárcel de Mahón donde había otros sacerdotes y seglares detenidos, los que venían de Ferreries les narraron lo ocurrido y les hicieron ver como sus ropas estaban manchadas de sangre, pues el mártir había caído junto a sus pies. Entonces el coadjutor de Ferreries Alberto Triay exclamó: «¡Dichosos nosotros si podemos morir con las mismas palabras del Sr. Huguet en nuestros labios!».

Entre los frutos espirituales del sacrificio de Juan Huguet destaca, con el resplandor de la esperanza, el arrepentimiento de aquel que le había dado muerte. Al ser juzgado y condenado a muerte el infortunado Pedro Marqués ya hacía tiempo que se sentía disgustado de su actuación. Al ofrecérsele asistencia espiritual, la aceptó de buen grado. Lo pone de manifiesto el testimonio del sacerdote Guillermo Coll que le asistió, y se expresaba así: «Al ofrecerle, a mi presencia, el juez la ayuda de un sacerdote, el mismo Marqués se adelantó manifestando su satisfacción por recibir los auxilios espirituales; prestados estos, pidió un espacio de tiempo para escribir a sus familiares, lo que hizo con pulso firme y serenidad admirables. Después oyó la Santa Misa, en la cual comulgó devotamente, y terminado el Santo Sacrificio, al quitarme los ornamentos sagrados, se adelantó hacia el altar, me abrazó efusivamente, mientras decía a los circunstantes: Abrazo a este sacerdote como un acto de reparación por el crimen que cometí matando a aquel otro sacerdote de Ferrerías. Después marchó sereno al lugar de la ejecución, continuando así hasta el último momento».

El proceso de beatificación de Juan Huguet por decisión del obispo Pascual, se inició en 1953 y felizmente pudieron recogerse muchos testimonios de vista de su martirio. En 1997 se actualizó y aprobó el proceso con nuevas aportaciones. Fecha destacada fue la del 26 de noviembre del año 2000, fiesta de Cristo Rey, en que con aprobación de la Congregación para las causas de los Santos y bajo la presidencia de obispo Jesús Murgui, desde el cementerio se trasladaron a la iglesia de San Bartolomé las reliquias del Siervo de Dios.

En 2012 el Prefecto de dicha Congregación, cardenal Ángel Amato, ante un gran número de sacerdotes en Zaragoza elogió vivamente al mártir Juan Huguet.